SILENCIOS QUE HABLAN

María Peralta Vidaurreta

Ilustraciones de Dani Soms

la mar de fàcil
editorial

A Sara,
por enseñarme a respetar y valorar el silencio.
¡Gracias!

A Blas y a Mada,
por su gran capacidad de transmitir sin palabras
los sentimientos más nobles.

PRESENTACIÓN

Las personas nos comunicamos unas con otras
de diferentes maneras.
La mayoría de las veces nos hablamos,
pero también nos escribimos,
nos hacemos señales y gestos con la cara y las manos.

Sin embargo, a algunas personas
les cuesta comunicarse de una forma o de otra
porque tienen dificultades para oír,
para ver o para comprender lo que les dicen.

También hay personas que no tienen este tipo de dificultades,
pero a las que les cuesta comunicarse porque son tímidas,
no encuentran las palabras adecuadas
o se sienten más a gusto en silencio.

En este libro vamos a conocer a una familia
en la que, tras sufrir una situación traumática,
todos sus miembros parecen perder la capacidad
de comunicarse entre ellos por distintos motivos.

Millán es el hijo pequeño de esta familia.
A él le cuesta comprender muchas de las cosas
que pasan a su alrededor,
pero sí va a saber contarnos esta historia.

Una historia que habla de dificultades
y de momentos tristes.
Pero también habla de superación, de ilusión,
de relaciones entre padres, hijos y hermanos
y de comunicación humana.

Este libro es un homenaje a todas esas personas
que cada día se esfuerzan por comunicarse,
entender y hacerse entender en una sociedad
en la que cada vez hay más información
y menos comunicación.

María Peralta

1. MI FAMILIA

—¡Venid a poner la mesa, que vamos a cenar!

Nunca voy a olvidar esta frase
con la que mi madre anunció la cena cada noche
durante muchos años.

En ese momento, empezaba para mí un pequeño ritual[1]
que no me cansaba de repetir.
Yo era el primero que salía corriendo de la habitación
para ir a avisar a mi hermano Mateo.

Él no escuchaba a mi madre ni a nadie
porque siempre estaba encerrado en su habitación,
con los cascos de música puestos,
intentando crear nuevas melodías con el ordenador.

Yo entraba y le tocaba el hombro con suavidad
para no asustarle:

—Mateo, mamá ha dicho que bajemos
a poner la mesa —le decía.

1. Acciones que se repiten.

—Ve bajando tú, Millán,
que estoy terminando de componer una canción.
Te prometo que mañana pongo la mesa yo por ti.

Y yo me lo creía.

Después iba a la habitación de mis hermanas,
que son mayores que Mateo y que yo.

—Valvanera, Vega, vamos,
que mamá ya nos ha llamado —les pedía.

Vega es la mayor de los cuatro.
Ella siempre estaba estudiando en esa época.
Sacaba muy buenas notas, pero quería sacarlas aún mejores.
Vega ni siquiera me contestaba cuando yo le hablaba
porque estaba con sus libros.

Mi otra hermana, Valvanera, me pedía
que no se lo tuviera en cuenta:

—Lo que pasa es que Vega
está muy concentrada estudiando
y por eso no te oye —me decía.

Y yo me lo creía.

Valvanera sí me contestaba,
pero tampoco solía bajar a poner la mesa
porque tenía cosas más importantes que hacer,
según me contaba:

—Mira, hermanito, qué falda más bonita me he comprado.
¿A que me queda bien?
¿A que soy la chica más guapa que conoces?

Y yo le contestaba que sí porque a mis 12 años
me lo parecía de verdad.
Me lo siguió pareciendo durante mucho tiempo.

Después, ella se volvía a mirar al espejo y me decía:

—Ve bajando tú a poner la mesa,
que ahora voy yo y te ayudo.
Tengo que arreglarme un poco más
para seguir pareciéndote la chica más guapa.

Y yo me lo creía.

Así que, como siempre, yo aparecía el primero en la cocina.
Allí estaban mi madre y mi abuela
terminando de preparar la cena.

La abuela me sonreía y me preguntaba:

—Millán, ¿no me digas que te toca poner la mesa otra vez?
Anda, vamos, que yo te ayudo.

Y ya lo creo que me ayudaba.
Una y otra vez me enseñaba cómo colocar
los platos, los cubiertos y las servilletas.

A mí me costaba aprender eso.
Igual que siempre me ha costado aprender
la mayoría de las cosas,
pero la abuela nunca se ha cansado de enseñarme.
Menos mal.

Un rato después, llegaban mis hermanos,
uno detrás de otro, y la cocina se llenaba de risas y de ruido.

El último en llegar era papá.
Él se quedaba sentado en el sofá del salón leyendo el periódico,
hasta que mamá lo avisaba cuando ya estábamos todos sentados.

Mamá y la abuela se sentaban las últimas,
cuando todos teníamos la comida en el plato.
Ese era el momento en el que todos contábamos
cómo nos había ido el día.



Papá nos preguntaba:

—¿Qué habéis aprendido hoy en clase?

Pero, sobre todo, quería saber qué había aprendido Mateo.
Le solía decir:

—Hijo, tienes que centrarte más y estudiar mucho.
Tú vas a ser el próximo enólogo[2] de esta familia
y el jefe de la bodega.

Mateo asentía con la cabeza.
Creo que no le daba mucha importancia a lo que decía papá.

A veces, incluso, bajaba a cenar
con los cascos de música en el cuello
porque se olvidaba de quitárselos.
A papá no le gustaba verlo con los cascos y lo regañaba:

—Pero quítate eso del cuello, que te vas a quedar sordo
y eso no puede ser. Un enólogo debe tener buen olfato,
buena vista y buen oído para los negocios.

Qué poco se imaginaba papá en ese momento
que algunas de sus palabras se iban a convertir
en una triste realidad.

2. Persona con conocimientos sobre la elaboración de vinos.